

La modernidad y el arte de la guerra en el discurso de las armas y las letras en *Don Quijote*

RICARDO CASTELLS

ES MUY CONOCIDO EL discurso de las armas y las letras que hace don Quijote en los capítulos XXXVII y XXXVIII de la primera parte de la obra, un episodio que ocurre en la venta justo antes que la historia del cautivo Ruy Pérez de Viedma. No cabe duda acerca del impacto que tienen las palabras del caballero manchego, pues Cervantes indica que a “los que escuchado le habían sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería” (XXXVIII, 449). Inclusive el cura, quien siempre había tenido cierta competencia con Alonso Quijano, le dice a don Quijote “que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas” en comparación con las letras, “y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer” (XXXVIII, 449). A pesar de haber dejado una impresión tan favorable en los demás huéspedes de la venta, al lector moderno le puede extrañar el hecho de que Alonso Quijano—un pobre hidalgo que ha vivido muy alejado del mundo de las armas en un pequeño y pacífico lugar de la Mancha—posea semejantes conocimientos acerca de la vida militar. Sin embargo, hay que tener en cuenta que debido a los muchos conflictos bélicos que ocurren en la Europa de los siglos XV y XVI, el arte de la guerra y la ciencia de

la fortificación pronto se convierten en importantes campos de estudio para cualquier hombre culto.

El arquitecto florentino Felipe Brunelleschi, por ejemplo, se recuerda ante todo por la célebre cúpula de la catedral de Florencia (1436), pero también diseña dos ciudadelas militares en el centro de la ciudad de Pisa. El humanista y doctor en derecho canónico Leon Battista Alberti—prelado de esa misma catedral florentina— escribe *De Re Aedificatoria* (1452), el primer tratado arquitectónico del Renacimiento, donde presenta la idea de que las fortificaciones deben adoptar una forma estrellada para resistir mejor el impacto de la artillería (Parker 8-9). Maquiavelo es conocido hoy en día por su obra maestra *El príncipe*, pero también escribe *El arte de la Guerra* (1521), el único tratado político que publica en vida. Es más, el artista alemán Alberto Durero es el autor del *Etliche Underricht* (1527), el cual incluye una serie de dibujos arquitectónicos de fortificaciones que él había diseñado para aguantar el asedio de la artillería moderna. A su vez, Miguel Ángel se dedica tanto a la arquitectura civil como a la ingeniería militar, y él mismo se consideraba una auténtica autoridad en la construcción de las fortalezas (Duffy 40). Leonardo da Vinci es otro que se interesa en las obras de fortificación, además del “diseño de las máquinas de asalto y [e]l estudio del comportamiento de los hombres en el campo de batalla” (Galindo Díaz 25). Debido a un interés cultural y artístico tan marcado, Christopher Duffy indica que en la Europa moderna, los libros de ingeniería militar:

held a tremendous appeal. Practical soldiers were eager for information on specialties like engineering and gunnery, where knowledge of the most advanced techniques was difficult to obtain by personal experience. Civilians in their turn came to see fortification as one of the elements of a gentlemen's education, along with architecture and mathematics; and the study-bound scholar derived much satisfaction from devising elegant and seemingly faultless solutions to military problems by means of pen, ruler and compass. (4)

Da la impresión por el contenido del discurso de las armas y las letras de que Alonso Quijano—antes de adoptar la identidad de don

Quijote—no sólo pasaba los días y las noches enfrascado en las lecturas de los libros de caballerías, sino que también debiera haber sido uno de esos caballeros ociosos que se dedicaban al estudio de los tratados militares. En ese caso, estos libros científicos representarían algunos de los tomos que “a carga cerrada [...] quiso [el cura] que [...] se quemaran” después del escrutinio de la biblioteca (VI, 87), aunque estos tratados desde luego no se mencionan directamente. Sin embargo, estos conocimientos técnicos producen una importante dicotomía en la identidad dual de Alonso Quijano y don Quijote de la Mancha. Como ha observado José Antonio Maravall:

Con qué formidable desprecio oiría [don Quijote] al [...] gran militar en Flandes y verdadero científico en materias bélicas, Cristóbal Lechuga, cuando recomendaba practicar sobre problemas de guerra y manejo de tropas con menudos e inofensivos objetos: con garbanzos o pedrecillas, sirviéndose de los cuales se podían estudiar movimientos de escuadrones, [...] todos los cuales eran problemas geométricos, ajenos al brío de los brazos y al pecho animoso que admiraba nuestro campeón. (67)

Por poco admirable que se para este supuesto campeón, el acercamiento científico y matemático es justamente lo que hubiera empleado el letrado Alonso Quijano—quien es al fin y al cabo el inventor y el alter ego del caballero manchego—para aprender acerca del arte nuevo de hacer guerras.¹ Sin embargo, hay que preguntarse si don Quijote manifiesta siempre aquel “buen entendimiento y buen discurso” en los comentarios

1 El presunto desprecio que sentiría don Quijote por estos estudios científicos es particularmente curioso porque los libros de caballerías no gozaban del mismo prestigio intelectual que los tratados bélicos, como vemos en la definición de Sebastián de Covarrubias: “Libros de caballerías: los que tratan de hazañas de caballeros andantes, ficciones gustosas y artificiosas de mucho entretenimiento y poco provecho, como los libros de Amadís, de don Galaor, del Caballero de Febo y de los demás” (cit. en Roubaud cv). El carácter técnico de los tratados se ve en algunos de sus títulos, como por ejemplo *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería* (1590) de Diego de Álaba y Viamont y el *Breve tratado del arte de la artillería, geometría y artificios de fuego* (1595) de Lázaro de la Isla.

que hace sobre las armas y las letras (XXXVIII, 449), o si en cambio se puede encontrar algún enredo o contradicción en sus observaciones. Como sabemos, los libros de caballerías representan objetos de placer para Alonso Quijano y también una fuente de inspiración para don Quijote, pero estas actitudes son el resultado de un contacto extenso con una larga tradición literaria de origen y carácter medievales. En cambio, las difíciles circunstancias que describe don Quijote durante el discurso de las armas y las letras—una alocución que guarda muy poca relación con el mundo ficticio de los libros de caballerías—reflejan una realidad reciente que se estudia por primera vez en los tratados militares de la Edad Moderna.² El discurso de las armas y las letras entonces representa una fusión anacrónica de dos áreas de producción cultural: por una parte el campo literario que establece un patrón de conducta tradicional para el caballero andante don Quijote de la Mancha, y por otra un nuevo campo técnico que parece haber estudiado el hidalgo Alonso Quijano.

Don Quijote inicia el discurso proclamándoles a los demás huéspedes, “Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas,” pues éstos sencillamente “no saben lo que dicen” (XXXVII, 442). La primera prueba de esta afirmación es el hecho de que las armas representan no sólo un trabajo del cuerpo, sino que—igual que las letras—también se deben considerar un trabajo del entendimiento. Sin embargo, hay un detalle clave en la forma en que don Quijote sustenta semejante aseveración. Al comienzo del discurso, don Quijote menciona “las puertas de este castillo” (XXXVII, 442), pues como sabemos, se cree que está en la típica construcción medieval que encontramos en los libros de caballerías. Empero, es importante notar que cuando empieza a analizar las tácticas de las guerras de sitio, don Quijote sólo parece

2 Los tratadistas italianos eran los más importantes de Europa, pero Jorge Alberto Galindo Díaz cita unos trece tratados españoles sobre la ciencia de la fortificación y el arte de la guerra publicados antes que la primera parte de *Don Quijote*. Sólo en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca encontramos unos doce libros y manuscritos más (www.usal.es/~cilus/PC_Biblioteca.htm), luego parece lógico que el caballero manchego tuviera semejantes conocimientos. Maravall confirma que gracias a estos libros, “[L]os nuevos modos de guerrear [...] llega[n] hasta los no especialistas, ya en la segunda mitad del siglo XVI” (64).

hacer referencia a las fortificaciones modernas en vez de los castillos medievales:

[C]omo si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de *la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento*, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército o la defensa de una ciudad sitiada así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los disignios, las estrategias, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo.³ (énfasis añadido, XXXVII, 443)

Aunque un castillo medieval y una fortaleza renacentista comparten una función común como baluarte defensivo—la misma que tiene una ciudad amurallada—hay una diferencia muy marcada entre ambos (Maravall 65). De acuerdo con Christopher Duffy, “In medieval times [...] as long as muscle-power and gravity offered the only propulsion for missiles, the soaring walls of castle and city were capable of keeping out any enemy” (1a). Las primeras armas de fuego ya se conocen en Europa a comienzos del siglo XIV, como se ve en los grabados de unos lombardos o cañones primitivos que aparecen en dos libros publicados en Londres en 1326 (Smith 10). Empero, no es hasta el siglo XV que se desarrolla la artillería de tal forma que puede derribar los altos pero vulnerables muros de las construcciones medievales—como vemos por ejemplo en el éxito de los 180 lombardos que emplean los Reyes Católicos durante el sitio de Granada—lo cual demuestra que para finales del siglo “the age of ‘vertical defense’ was now over” (Parker 8). Los sitiadores luego no tienen que escalar las murallas de las plazas fuertes como parte de un ataque

3 Aunque don Quijote describe una verdadera batalla campal durante el episodio del rebaño de ovejas (I, XVIII), el discurso de las armas y las letras trata más bien de la guerra de sitio. Hay que recordar que la batalla campal no era tan común en la Edad Media como los asedios, ya que requerían unos ejércitos mucho más grandes y a su vez no aseguraban el control posterior sobre los territorios ganados (Chase 62).

vertical, sino que intentan abrir una brecha en estas defensas para iniciar un asalto netamente horizontal.

Como los arquitectos militares del Renacimiento ya no pueden construir castillos con los mismos muros elevados del medioevo, ahora tienen que desarrollar “the new style of fortification—low and sprawling—[with] garrisons of a size which only states, cities and towns could provide. It had been easier in the old days, when many a castle had been effectively held by a handful of men” (Duffy 2a). O sea, durante la Edad Media un pequeño grupo de hombres—quienes se caracterizaban ante todo por el trabajo del cuerpo—podía defenderse ante el sitio de un ejército enemigo, inclusive cuando éste mantenía una marcada ventaja numérica. Como resultado, en el medioevo normalmente no hacía falta “conjeturar el intento del enemigo” como indica don Quijote (XXXVII, 443), pues durante un asedio lo más importante era tener suficiente agua y comida para resistir semejante ataque, y desde luego poseer la valentía necesaria para mantener una postura defensiva hasta que el hambre y las enfermedades hicieran estrago en los sitiadores. De acuerdo con Kenneth Chase, en ese momento crítico los aliados de los defensores podían “assemble a relief army while the siege was in progress, and then fall upon the weary and starving besiegers before the garrison surrendered” (62).

Como vemos, hay una paradoja muy importante en el discurso de las armas y las letras porque los caballeros andantes generalmente no tenían que preocuparse por los designios o las estratagemas del enemigo, dado el hecho de que las tácticas militares todavía estaban en su infancia durante la Edad Media. Queda claro entonces de que el trabajo del entendimiento de que habla don Quijote no es una de las características más importantes del asedio medieval—y todavía menos en las batallas literarias de los libros de caballerías—pero esta cualidad sí representa una parte esencial de un nuevo estilo de guerra que comienza a desarrollarse a finales del siglo XV.⁴ Y si hay alguna duda de que el caballero manchego

4 El entendimiento formaba parte de la tradición caballeresca, pero se concibe de una forma muy distinta a la que vemos en el discurso de las armas y las letras. Por ejemplo, *Las siete partidas* indican que “los caballeros que han de defender a si et a los otros [...] deben seer entendudos; ca si no lo fuesen errarien en las cosas que hob-

describe un conflicto bélico que no se relaciona de ninguna manera con la tradición caballeresca, este hecho se confirma durante la continuación del discurso en el capítulo XXXVIII. Al comienzo del capítulo, don Quijote indica que la pobreza del soldado es hasta peor que la del letrado, pues aquél “está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia” (445). Como vemos, el caballero manchego habla de una nueva realidad en la cual el soldado moderno—en evidente contraste con el ideal del guerrero medieval—sólo pelea por un salario o, peor todavía, por la posibilidad de beneficiarse del robo y del saqueo.

Según Felix Gilbert, “Spiritually as well as economically the knight was a characteristic product of the Middle Ages. In a society in which God was envisaged as the head of a hierarchy, all secular activity had been given a religious meaning. The particular task of chivalry was to protect and defend the people of the country; in waging war the knight served God” (12). Sin embargo, a partir del siglo XIV la guerra se convierte cada vez más en una actividad económica que ejercen sobre todo los soldados profesionales y hasta los mercenarios, lo cual elimina gran parte de su justificación religiosa. De acuerdo con Gilbert, “As a result of a situation in which war was no longer undertaken as a religious duty, the purpose of military service became financial gain. The moral problem arose whether it was a sin to follow a profession that aimed at the killing of other people. In the most civilized parts of Europe [...] people looked with contempt on soldiers and soldiering” (15). Aunque sabemos que el carácter religioso de las guerras perdura en la España moderna, Maravall observa que el antiguo soldado Miguel de Cervantes estaba muy consciente de la naturaleza de la soldadesca española, como vemos en los comentarios tan críticos que hace sobre la vida militar en “El coloquio de los perros” y también en “El licenciado vidriera” (75-76).

iesen a defender, porque el entendimiento les farie que non mostrasen su poder contra aquellos que lo hobiesen de mostrar, et [...] que feciesen mal a los que fuesen tenudos de guardar” (II, XXI, V, II: 201). Alfonso de Cartagena repite el mismo argumento en el *Doctrinal de caballeros* (Fallows 92). Este concepto medieval del entendimiento se refiere más bien al juicio básico que debe poseer el guerrero, pero no se puede comparar con el nivel de conocimientos técnicos que necesita el soldado moderno.

De la misma manera que don Quijote describe un tipo de guerra que sólo existe en la modernidad, él vuelve a tocar el tema de las nuevas fortificaciones en el capítulo XXXVIII. De hecho, don Quijote parece olvidarse por completo de los castillos medievales durante los argumentos del discurso, lo cual es curioso si recordamos de nuevo que él se imagina estar en un castillo en vez de una venta. Sin embargo, al hablar del trabajo del soldado durante la defensa de estas fortalezas, don Quijote comenta:

Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que, hallándose cercado *en alguna fuerza y estando de posta o guarda en algún revellín o caballero*, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad.⁵ (énfasis añadido, XVIII, 447)

Como vemos, don Quijote menciona el caso de un soldado “cercado en alguna fuerza” (447), o sea, de un militar que sufre el asedio cuando se encuentra en las fortificaciones de una plaza fuerte. Es más, el soldado está de guardia en el revellín o caballero, que son las fortalezas interiores típicas de la traza italiana, el sistema de fortificación que se desarrolla en los estados italianos durante los siglos XV y XVI para defenderse de los repetidos ataques de la artillería francesa. Según José L. Terrón Ponce, el rebellín es—junto con las obras exteriores y los baluartes—el segundo de “tres líneas concéntricas de defensa que obedecían al mismo principio: el de los fuegos cruzados” (23). El caballero es una “[o]bra de fortificación defensiva, interior y bastante elevada, sobre otras de una

5 Justo después de este comentario, don Quijote vuelve a hablar de las guerras modernas al hacer referencia al soldado en las galeras cuando “le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria” (XVIII, 448), lo cual anticipa la historia del cautivo que sigue el discurso de las armas y las letras (Cruz 188).

plaza, para mejor protegerse con sus fuegos o dominarlas si las ocupase el enemigo” (RAE). Don Quijote por lo visto habla de unas construcciones modernas, diseñadas de acuerdo con un plan geométrico que no sólo sirve para defenderse del bombardeo de la artillería, sino que también se aprovecha de la capacidad defensiva de las armas de fuego.

A su vez, el caballero manchego analiza los trabajos de la mina y la contramina, los cuales representan los usos más peligrosos de los explosivos durante el asedio de una fortaleza. Como explica Terrón Ponce, ambos ejércitos excavaban galerías subterráneas que se llenaban de pólvora, las cuales tenían un uso tanto ofensivo como defensivo. Por una parte, los sitiadores usaban las minas para destruir los cimientos de las murallas externas, pero por otra, los sitiados las empleaban para impedir los aproches a los mismos. Sin embargo, cada ejército también emprendía un trabajo simultáneo de contramina, en el cual “excavaban galerías cercanas a donde suponían que se encontraban las [minas] del enemigo para inutilizarlas” (31). Aunque don Quijote se cree que este soldado indefenso sólo puede avisarle a su capitán cuando nota que el enemigo está excavando una mina, en realidad hay que pedir la ayuda de un oficial experimentado porque es justamente durante las obras de la mina y la contramina cuando más se necesita el trabajo del entendimiento. De hecho, como comenta Terrón Ponce, el “[a]taque y defensa de las plazas” fortificadas representan “un juego de ajedrez agotador” tanto para el sitiado como para el sitiador (26).⁶

Don Quijote concluye el discurso de las armas y las letras con el comentario nostálgico de que, “Bien hayan aquellos benditos siglos que

6 Maravall escribe que, “[C]uando Don Quijote enumera los males de su época, colocará entre ellos, amargamente, el predominio de la teórica sobre la práctica de las armas [...]. Tan hondo cambio en la época moderna se deberá a la introducción de dos novedades, conjuntamente decisivas: las armas de fuego y el espíritu de cálculo, manifestaciones ambas de la racionalidad que caracteriza a la Edad Moderna y a su creación política: el Estado [...]. No menos son creación del espíritu del cálculo las nuevas armas de pólvora, cuyo manejo estriba en combinar operaciones matemáticas cada vez más complicadas” (68-69). Esta observación subraya la contradicción central del discurso, pues este espíritu del cálculo es por definición un trabajo del entendimiento, el elemento que representa la base filosófica para la comparación que hace don Quijote entre las armas y las letras.

carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención” (448). Como han notado José Antonio Maravall (136), Kenneth Chase (59) y Francisco Rico (XXXVIII, 448 n. 22), la condena del carácter infernal de las armas de fuego es un lugar común durante el Renacimiento y el Barroco, pues para la mentalidad contemporánea éstas serían las primeras armas de destrucción masiva. Don Quijote dice que estas armas le permiten a un soldado raso—mejor dicho, a “un infame y cobarde brazo” (448)—vencer a un valiente caballero en una batalla injusta y desigual. No es para menos, pues esto es precisamente lo que ocurrió cuando la caballería de Francisco I de Francia se enfrentó a una tropa de arcabuceros españoles en la batalla de Pavía (1525), en la cual el soldado vasco Juan de Urbietta “se acercó al rey caído que se hallaba herido en el brazo e intentaba liberarse la pierna del peso de su caballo muerto, le puso la espada al cuello y lo hizo preso” (Nieva 18).⁷

A pesar del evidente peligro que representan las armas de fuego para el caballero andante, es importante recordar que don Quijote no siente ningún miedo ante semejante riesgo, sino que le “pone recelo pensar si la pólvora y el estaño [l]e han de quitar la ocasión de hacer[se] famoso y conocido por el valor de [su] brazo y filos de [su] espada” (449). O sea, la mayor preocupación para el manchego no es la amenaza de la muerte, sino la posibilidad de que estas armas pongan fin a esa búsqueda de fama y gloria que ha emprendido en imitación de las aventuras de los libros de caballerías. Aunque este recelo parece perfectamente razonable por una parte, por otra resulta innecesario porque sabemos que Alonso Quijano nunca pudiera haber sido un auténtico caballero andante por los muchos

7 Después de esta hazaña Juan de Urbietta llega a ser capitán de infantería y luego caballero de la Orden de Santiago, de modo que los nobles de la época por lo visto no lo consideraban ni infame ni cobarde. Elsa Leonor di Santo considera que este comentario de don Quijote sobre las armas de fuego refleja la experiencia propia de Cervantes: “Recordemos que Cervantes ha estado en Lepanto, participó de una de las acciones navales en que se hizo ya amplio uso de los nuevos medios bélicos. Conoce y ha practicado personalmente la nueva vida militar de la que tan desilusionado se muestra. Por eso, un recuerdo personal de amargo pesimismo late por debajo de las palabras en ellas escritas” (805).

cambios sociales que ocurren durante la baja Edad Media, los cuales no siempre se relacionan con los “endemoniados instrumentos” de las armas de fuego (448). En primer lugar, aunque los arcabuceros empiezan a jugar un papel cada vez más importante en las batallas europeas a comienzos del siglo XIV, hay que tener en cuenta que hay otras tropas que también logran demostrar su superioridad al enfrentarse a la caballería medieval. Por ejemplo, Chase comenta que, “Swiss pikemen at Laupen (1339) proved that disciplined infantry could challenge cavalry on any terrain, and English archers (supported by dismounted knights) drove that point home in the Hundred Years War [1337-1453]” (59).

Debido a estas nuevas circunstancias, la caballería va evolucionando para mantener su superioridad militar, lo cual altera por completo el ejercicio de la espada y la lanza. Aunque don Quijote sueña con emular las extraordinarias hazañas de los solitarios caballeros de la tradición literaria, con los años la caballería se convierte en una estructura militar tan grande y tan compleja, que sólo permite la participación directa de agrupaciones de los nobles más ricos y poderosos de Europa. Como resultado, dicha caballería se aleja de la tradición de la batalla singular, una práctica que sólo se conserva en los libros de ficción⁸:

La florida caballería pesada del rey de Francia [...] iba protegida de pies a cabeza por una impresionante armadura de placas cuyo peso oscilaba entre 25 y 35 kilos, que solo un hombre adinerado, un terrateniente o un gran señor, podía costearse. Cada caballero iba acompañado por un cuchillero, a la grupa, armado con lanza corta y cuchillo largo, dos ballesteros a caballo, un paje y un mozo, por lo que cada compañía de ordenanza francesa estaba compuesta por 100 caballeros, 100 escuderos, 200 ballesteros, 100 pajes y los mozos, un capitán, un teniente, un abanderado, un pifano y tambores. (Nieva 13)

Queda claro entonces que—aparte de cualquier peligro de las

8 Nieva indica que la batalla singular todavía existía en la España moderna—al menos en principio—como vemos en los desafíos que le hace el emperador Carlos V al rey Carlos I de Francia: “En lo sucesivo [Carlos I] declinaría dos ofertas del emperador para batirse cara a cara, a muerte, solos ellos dos” (18).

armas de fuego—don Quijote no hubiera tenido ni la posición social ni los medios económicos necesarios para ser un esforzado caballero, lo cual no hace sino recordar las secuelas de la afición que siente Alonso Quijano por la literatura caballeresca. Como indica Maravall, cuando un caballero medieval va a la guerra, también intenta aumentar el tamaño de sus propiedades, y estas tierras adquiridas luego se emplean de forma productiva en el “pastoreo y la ganadería” (45), los dos oficios que representan la base económica de la nobleza guerrera europea. Alonso Quijano por supuesto hace todo lo contrario, ya que “se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer” (I, 37). No en balde Sancho comenta al comienzo de la segunda parte de la obra que los demás hidalgos—los cuales sólo deben estar un poco mejor económicamente que Alonso Quijano—se han fijado de que don Quijote “se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugados de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante” (I, 643). Se puede decir entonces que el gusto que siente Alonso Quijano por los libros de caballerías no hace sino dificultar todavía más la misión de don Quijote, pero también hay que reconocer que de todas maneras el ejercicio de las armas siempre hubiera sido una imposibilidad física para el hidalgo manchego.

Como ha notado Bruce Allen Watson, durante la segunda mitad del siglo XVI—o sea, en la época en que hubiera vivido Alonso Quijano—aún coexistían las armas de fuego y las tropas de caballería, pero como es de esperar estas armas tienen un impacto enorme en las prácticas caballerescas. En su discusión de las tácticas de la orden militar de los caballeros de Malta, Watson escribe: “Even though gunpowder weapons were quite common by 1565, knights still used armor. That worn by the Knights of St. John was plate armor weighing 100 pounds. The breastplate alone, used to deflect gunshots, weighed 18 pounds” (39). Entonces inclusive si Alonso Quijano hubiera poseído las tierras necesarias para costear los gastos de un caballero andante—y aunque tuviera en lugar de Rocinante un caballo tan imponente como Babieca—parece inconcebible

que un hombre mayor tuviera la fuerza corporal para salir al campo de batalla con una armadura que bien podría pesar casi tanto como él.

Si leemos el discurso de las armas y las letras desde un punto de vista histórico, podemos concluir que don Quijote no necesariamente demuestra ese “buen entendimiento” que alaban los demás huéspedes (XXXVIII, 449),⁹ pues hay que reconocer que su razonamiento está repleto de elementos incongruentes y anacrónicos. Si es verdad que las armas gozan de cierta superioridad de entendimiento en comparación con las letras, entonces esta realidad sólo se da durante la modernidad, porque desde luego no ocurre en los años de predominio caballeresco. Es más, los militares modernos adquieren un alto nivel de entendimiento y profesionalismo como reacción natural al desarrollo de las armas de fuego, de modo que parece ilógico criticar estos mismos instrumentos por su carácter siniestro y diabólico. A su vez, queda claro al final del discurso que—a pesar de cualquier conocimiento que posea don Quijote acerca de los libros de caballerías y el arte de la guerra—el caballero manchego todavía se tiene que enfrentar a unos impedimentos absolutamente insuperables para “resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballerisca” (II, II, 642). No sólo existe el gran inconveniente de su salud mental, sino también el evidente peligro de las armas de fuego, las serias dudas que hay sobre su nivel social, la dificultad de su precario estado económico y finalmente la avanzada edad que tiene para un hombre de su época.

No es de extrañar entonces el carácter melancólico del discurso de las armas y las letras, ya que don Quijote reconoce la posibilidad de que puede fracasar como caballero andante, lo cual ayuda a explicar la actitud tan sumisa que adopta durante su posterior encantamiento y penoso regreso a ese pequeño lugar de la Mancha. Sin embargo, al comienzo de la segunda parte de la obra—o sea, un mes más tarde—tenemos la grata sorpresa de ver que don Quijote ha sido un éxito inmediato como caballero andante, pues no sólo le esperan unas nuevas aventuras con su fiel escudero Sancho Panza, sino que ha alcanzado la fama eterna que ni

9 Por casualidad, al comienzo de la segunda parte la sobrina también alaba el “buen entendimiento” de su tío, pero también le sugiere al cura “no tocarle en cosa de caballerías” (II, 626).

las armas de fuego han podido destruir. Aunque sabemos que el caballero manchego nunca será el típico guerrero valiente del medioevo, todavía logra hacerse famoso y conocido, pero curiosamente de una forma que sólo hubiera sido posible en la Edad Moderna. De la misma manera que incorpora las innovaciones renacentistas al discurso de las armas y las letras, don Quijote alcanza la gloria como caballero andante debido a una de las grandes invenciones de la transición a la modernidad: la imprenta. Don Quijote lamenta no haber ejercitado las armas durante “aquellos benditos siglos” cuando los caballeros andantes representaban la máxima fuerza militar en Europa, pero hay que reconocer que él les debe todo su éxito a las novedades de esa “edad tan detestable” en que le toca vivir como caballero moderno (XXXVIII, 448).

Al final del discurso de las armas y las letras, don Quijote comenta: “Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos” (XXXVIII, 449). Como hemos visto, ningún caballero medieval ha tenido que superar tantas dificultades como don Quijote, de modo que parece justo que se cumpla esta sed de gloria en la segunda parte de la obra. Según le comenta a don Quijote el bachiller Sansón Carrasco, “[E]s vuestra merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá, en toda la redondez de la tierra” (III, 647). El bachiller también indica—con cierta hipérbole—que hay más de doce mil libros impresos sobre sus hazañas, no sólo en Barcelona y Valencia, sino también en Portugal y Amberes. Sabemos que no nos podemos fiar del todo de las palabras de Sansón Carrasco (Rico II, 648 n. 15), pero él sí hace un comentario absolutamente incontrovertible durante su coloquio con el caballero manchego. El bachiller se imagina que “no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga” *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (II, 648), un pronóstico que todavía sigue vigente cuatro siglos más tarde, en una edad posmoderna en la cual la pólvora y el estaño ya no parecen sino unos males menores en el llamado arte de la guerra.

Obras citadas

- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Instituto Cervantes, 1998.
- Chase, Kenneth. *Firearms: A Global History to 1700*. Cambridge: Cambridge UP, 2003.
- Cruz, Anne J. "Arms versus Letters: The Poetics of War and the Career of the Poet in Early Modern Spain." *European Literary Careers: The Author from Antiquity to the Renaissance*. Ed. Patrick Cheney and Frederick A. de Armas. Toronto: U Toronto P, 2002. 186-205.
- Di Santo, Elsa Leonor. "Análisis de los discursos sobre la Edad Dorada y las armas y las letras." *Cervantes, su obra y su mundo: Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*. Ed. Manuel Criado del Val. Madrid: Edi-6, 1981. 199-808.
- Duffy, Christopher. *Siege Warfare: The Fortress in the Early Modern World 1494-1660*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1979.
- Fallows, Noel. *The Chivalric Vision of Alfonso de Cartagena: Study and Edition of the Doctrinal de caballeros*. Newark DE: Juan de la Cuesta, 1995.
- Galindo Díaz, Jorge Alberto. *El conocimiento constructivo de los ingenieros militares del siglo XVIII: Un estudio sobre la formalización del saber técnico a través de los tratados de arquitectura militar*. Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Barcelona, 1996. www.tesisenxarxa.net/tesis_upc/available/tdx-1014102-085840//o1tesis.pdf
- Gilbert, Felix. "Machiavelli: The Renaissance of the Art of War." *The Makers of Modern Strategy from Machiavelli to the Nuclear Age*. Ed. Peter Paret. Oxford: Clarendon Press, 1986. 11-31.
- Maravall, José Antonio. *Utopía y contrautopía en el Quijote*. Santiago de Compostela: Editorial Pico Sacro, 1976.
- Nieva, David. "Pavía 1525: el ultimo 'Crécy.'" *De la Guerra. Revista Digital de Historia Militar Moderna y Contemporánea* 1.0 (Mayo 2006): 12-18. www.delaguerra.es.
- Parker, Geoffrey. *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*. Cambridge: Cambridge UP, 1996.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Real Academia Española, 1992.
- Rico, Francisco. Notas. *Don Quijote de la Mancha*. De Miguel de Cervantes. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Instituto Cervantes, 1998.
- Roubaud, Sylvia. "Los libros de caballerías." *Don Quijote de la Mancha*. De Miguel de Cervantes. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Instituto Cervantes, 1998. cv-cxxviii.
- Las siete partidas del rey don Alfonso el Sabio*. 3 tomos. Madrid: Real Academia de Historia, 1807.
- Smith, Robert Douglas y Kelly DeVries. *The Artillery of the Dukes of Burgundy, 1363-1477*. Woodbury, Suffolk: The Boydell Press, 2005.
- Watson, Bruce Allen. *Sieges: A Comparative History*. Westport CN: Praeger, 1993.